

**López, Ignacio**

*Amor y cuidado de la realidad: reflexiones de Emilio Komar, Agustín de Hipona y el magisterio de la iglesia*

Sapientia Vol. LXXII-LXXIII, fasc. 240-241, 2016-2017

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central "San Benito Abad". Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la Institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

López, Ignacio. "Amor y cuidado de la realidad : reflexiones de Emilio Komar, Agustín de Hipona y el magisterio de la iglesia" [en línea], *Sapientia* 72-73, 240-241 (2017).

Disponible en: <http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/greenstone/cgi-bin/library.cgi?a=d&c=Revistas&d=amor-cuidado-realidad-reflexiones> [Fecha de consulta:.....]

IGNACIO LÓPEZ

*Universidad Católica Argentina  
Santa María de los Buenos Aires  
Argentina  
j.ignaciolopez@hotmail.com*

## **Amor y cuidado de la realidad: reflexiones de Emilio Komar, Agustín de Hipona y el magisterio de la Iglesia**

### **Introducción**

Frente a una cultura posmoderna que no solo ya no le encuentra sabor a la realidad debido a un excesivo y desmedido uso de sus bienes y a una pretensión de gozo eterno en ellos, sino que también ha puesto en peligro la subsistencia de toda la creación, se propone una revitalización del pensamiento del tardo-antiguo Padre de la Iglesia, Agustín de Hipona, en su valoración del mundo como ontológicamente bueno y digno de ser amado y disfrutado por aquel hombre capaz de ordenar sus amores. Dicha alusión a la filosofía agustiniana será no solo a la luz de sus textos y de algunos comentaristas suyos sino, además y sobre todo, a partir del pensamiento del Dr. Emilio Komar, encauzándose ambos en lo que llamaremos *pensamiento cristiano*.

Según esta cosmovisión, colocada en su lugar y apreciada por lo que es, la realidad tiene bondad, verdad y sabor en su misma constitución metafísica y puede con ello alimentar y realizar al hombre, quien se define por su amor y se juega la totalidad de su ser en el recto ejercicio del mismo. Sumado a ello, ya las Sagradas Escrituras testimonian que la creación debe ser custodiada y señoreada por el hombre, continuando la

Artículo recibido el: 21-10-2017; Aceptado: 6-11-2017

SAPIENTIA / AÑO JULIO 2016 - JUNIO 2017, VOL. LXXII-LXXIII, FASC. 240-241 - PP 143 - 160

acción creadora de Dios, para que ella no solo sea resguardada de la destrucción sino, además, conducida a su perfección.

Para llevar adelante tal propósito, en primer lugar se aludirá al concepto cristiano de creación, en contraposición al modo en que el hombre post-iluminista comprende el mundo, reducido a mero material de transformación a través de la acción humana. Rescatado el sentido profundo de la realidad como creatura de Dios, en segundo lugar aludiremos al recto amor hacia la misma por parte del hombre, quien se encuentra incluido en la totalidad de la jerarquía creada y posee un lugar determinado dentro de la misma, que no puede violentar sin consecuencias.

Finalmente intentaremos establecer un contacto entre lo dicho por el Dr. Komar, el Obispo de Hipona y el Magisterio de la Iglesia, aludiendo especialmente al actual Sucesor de Pedro, Francisco, en su carta encíclica *Laudato Si'*, intentando dejar en evidencia la revitalización que allí se busca de algunas de las ideas capitales de San Agustín en la temática que nos ocupa. En otras palabras, si bien no es esta la intención primera del documento magisterial, se intentará manifestar cómo muchas intuiciones agustinianas se encuentran allí presentes.

### **Primera parte: la noción de creación**

Tal como hicimos notar en la introducción, antes de abocarnos al recto uso de las realidades temporales, es fundamental una precisa conceptualización de qué se entiende por ellas. En este punto señalamos dos posturas radicalmente opuestas: por un lado, la propia de la filosofía cristiana, defensora de la idea de creación; por el otro, la concepción post-iluminista, encarnada, por ejemplo, en el positivismo y el marxismo, para quienes el mundo no es más que materia indeterminada, transformable y manipulable por el obrar humano. Asimismo, es evidente también que no es posible tomar una postura respecto a las realidades temporales al margen del lugar que se le otorga tanto al hombre como a Dios, de modo tal que toda cosmovisión debe ser triádica: Dios-hombre-mundo.

En un contexto empapado de racionalismo, en donde la religión es recluida a los límites de la razón y Dios se ve reducido

a una suerte de deísmo que se encamina al ateísmo, como señala con toda claridad el Dr. Emilio Komar en sus cursos sobre *La eutanasia de Dios*<sup>1</sup>, en este contexto, reiteramos, se produce un doble efecto: frente al alejamiento de Dios respecto del mundo (el cual deja de ser creación) en una suerte de desentendimiento del mismo, no solo la realidad temporal pierde un posible sentido, orden y lugar pensados y queridos por el Creador sino que, además, el hombre mismo se ve exaltado y se auto-convoca a ocupar ese lugar vacante de ordenador por medio del dominio racionalista, controlador y científico de las cosas, tal como lo pretendía Francis Bacon<sup>2</sup>, quien llama a arrancar los secretos de la naturaleza por el método científico. Hemos citado como ejemplos de esta concepción de la realidad tanto al positivismo como al marxismo, en cuyo caso no hemos hecho más que seguir la intuición del Dr. Komar respecto a la temática que nos ocupa. De hecho, en su obra *Orden y misterio* sentencia:

Quizá, más que negaciones directas de Dios, un positivismo o un marxismo, por ejemplo, son en primer lugar negaciones *de facto* de la creación. La realidad objetiva para ellos no es creación. Su visión materialista no se debe a una filosofía de la *materia*, de la *hyle* o de la *madre-materia*, según dicen algunos, sino a una visión de lo real objetivo como inmenso material que espera la elaboración humana, no entendida como *ars cooperativa naturae* sino como un quehacer demiúrgico<sup>3</sup>.

Nótese en la referencia al texto tanto la reducción de las realidades temporales a mero material de trabajo como también la exaltación del obrar humano, comparado con el quehacer demiúrgico de Platón. Asimismo, también se aprecia en el texto la radical oposición de esta propuesta con el lugar del

<sup>1</sup> Cfr. Emilio Komar, *La eutanasia de Dios*, Ediciones Sabiduría Cristiana, Buenos Aires, 2012.

<sup>2</sup> «...para penetrar en los secretos y en las entrañas de la naturaleza, es preciso que, tanto las nociones como los principios, sean arrancados de la realidad por un método más cierto y más seguro, y que el espíritu emplee en todo mejores procedimientos». Francis Bacon, *Novum Organum*, Losada, Buenos Aires, 1949, § 18.

<sup>3</sup> Komar Emilio, *Orden y misterio*, Emecé Editores, Buenos Aires, 1996, p. 68-69.

hombre en una visión creacionista, cooperador del orden natural, algo que Komar explaya más adelante cuando explica que: «Este “proyecto” lleva a mirar lo real como objeto de dominación, calculabilidad, disponibilidad y perfectibilidad, pero de ninguna manera, de cooperación<sup>4</sup>.» Evidentemente, no hay cooperación porque, frente al distanciamiento de Dios respecto de las cosas, no hay con quién cooperar. Como no hay un Creador que dé sentido, «todo se convierte en elementos manipulables, todo pierde su *sentido intrínseco*. (...) Si la teleología no existe ni en la naturaleza anorgánica ni en la orgánica, la actitud manipuladora es la única adecuada<sup>5</sup>.»

Muy distinta es la visión creacionista de la mencionada tríada. Para el pensador cristiano existe una continua conexión y una dependencia de tal profundidad de todas las cosas respecto al Creador, que no es posible para ellas mantenerse en el ser al margen de Él. Por esto, siguiendo con el trabajo de Emilio Komar, «todas las cosas creadas están colocadas entre dos inteligencias y dos voluntades: la que creó y la que conoce o appetite la cosa. La “cosa” o el “objeto” se constituyen así entre dos “sujeto”<sup>6</sup>.» Nótese que aquí no solamente hay una íntima relación, un encuentro en la realidad de dos inteligencias, sino también una clara subordinación de la creada, el hombre, a la Creadora, Dios. En otras palabras, Dios piensa, quiere, dispone toda la Creación con un sentido y un lugar determinados por Él y los mantiene constantemente en el ser, mientras que el hombre se aproxima a ese orden dado, lo percibe y, a través de él, se conecta con el Creador. La visión creacionista, por tanto, se presenta claramente en contra de la relación controladora y dadora de sentido de la cual hablábamos más arriba. Esta distinción está muy bien presentada por Ana Galimberti de Padrón en la presentación a la ya citada obra *Orden y misterio*, en donde expone:

La relación que existe entre el ser objetivo y la inteligencia del hombre hace que —a favor del carácter determinante del ser— nuestro acto de conocimiento no sea creativo sino

<sup>4</sup> *Ibid.* p. 69

<sup>5</sup> *Ibid.* p. 70

<sup>6</sup> *Ibid.* p. 96

receptivo. Esta receptividad no le quita espontaneidad alguna al hombre como sujeto sino que, por el contrario, consagra su feliz iniciativa: acoger y expresar de manera inteligible la verdad de las cosas y, en su conjunto, la verdad del *universum* u orden que constituye la totalidad de lo que es. Esta es una dignidad preciosa e irrenunciable en el hombre<sup>7</sup>.

Son numerosos los pasajes que podemos citar en alusión a esta forma de comprender la realidad como creación: un ser supremo que piensa la realidad, le da una existencia determinada *ex nihilo*, la ordena y la mantiene en el ser por amor. Desde esta perspectiva, las cosas son de una determinada manera, tiene un orden, un sentido propio, un lugar en el cosmos, independientemente del contacto que el hombre pueda tener con las cosas temporales, de lo que él pretenda ver o hacer de ellas. Antes de adentrarnos en la constitución ontológica de esta creación y de la recta relación con ella a la cual el hombre está llamado, sería oportuno concluir esta sección con una referencia a cierto comentario al Génesis realizado por Agustín de Hipona, en donde se deja bien en claro tanto el cercano gobierno de Dios respecto de la Creación como de su total dependencia respecto de Él. Dice el Hiponense:

Es evidente, pues, que ni por un solo día dejó Dios de gobernar las obras que hizo, para que no perdiesen en un solo instante sus movimientos naturales, por los cuales obran y crecen conforme a la naturaleza que tienen, y permanecen cada una en su género en aquello que son, pues si se retirase de ellas aquel movimiento de la sabiduría de Dios por el que ordena todas las cosas con suavidad dejarían en absoluto de ser<sup>8</sup>.

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 7-8

<sup>8</sup> Agustín de Hipona, *De Gen. ad Lit.* IV, 13, 24.

## Segunda parte: La creación incompleta y el llamado a obrar en ella

Adentrándonos ahora en la visión de la realidad que nos compete, hablar de creación, como hemos dicho, implica la comprensión de la totalidad de las realidades temporales, incluido el hombre, como una jerarquía de seres pensados, queridos y ordenados por un Creador, cada una de ellas con un sentido y una finalidad propias. Asimismo, esto supone una tesis metafísica fundamental que simplemente mencionaremos, a saber, la bondad ontológica de toda la realidad<sup>9</sup>. Por el mero hecho de ser, por depender de Dios y por haber salido de sus manos, todo lo que existe es bueno y por ende, amable, tal como lo expresa Agustín de Hipona: «Todas las cosas que existen, es Dios quien las ha creado: que el espíritu del Señor te ilumine para que conozcas que todas son buenas (...) Dios no te prohíbe amarlas<sup>10</sup>.» Por lo tanto, constantemente mantenida en el ser por Dios, lejos de ser amorfo material de trabajo, la creación se encuentra saturada de profunda significación, es portadora de un orden hermoso y está en continuo desarrollo hacia su perfección. Se debe rápidamente recordar aquí que el hombre es el único dentro de este orden que debe elegir dicha propuesta de realización, pudiendo renegar de ella y atentar contra el proyecto divino de plenitud, no solamente suyo sino también de toda la realidad, en algún punto confiada a él.

A propósito de esto recuerda Komar en su curso *El optimismo cristiano* que «si el primer componente del optimismo cristiano es aceptar la bondad fundamental de lo real, el segundo componente es aceptar que el hombre por su libertad puede ir

<sup>9</sup> *V. gr.*: «Y viste, Señor, todas las cosas que hiciste y hallaste que todas *eran muy buenas*; también nosotros las vemos, y nos parecen todas muy buenas. En cada uno de los géneros de tus obras, cuando dijiste que fuesen y fueran hechas, viste que cada uno de ellos era bueno. Siete veces he contado que dice la Escritura que viste que era bueno lo que creaste, y la octava nos dices que viste todas las cosas que hiciste y que no solo eran buenas, sino *muy buenas*, todas ellas en conjunto. Porque tomadas cada una de por sí, son todas buenas; pero todas ellas juntas son *buenas y muy buenas*. Esto mismo nos dicen también los cuerpos que son hermosos.» Agustín de Hipona, *Conf.* XIII, XXVIII, 43.

<sup>10</sup> *In Ep. Io.* 2, 8-10. Citado en: Kempis agustiniano, *San Agustín, Nos hiciste señor para ti*, BAC Minor, Madrid, 2010 p. 63.

contra ella y puede pecar<sup>11</sup>.» A partir de lo dicho podemos formular la siguiente pregunta: ¿por qué se coloca junto a la bondad fundamental de lo real la libertad humana? Una primera respuesta se encuentra en el primer texto de Agustín referido más arriba, en donde se veía cómo la creación no fue un momento histórico sino que es el fundamento de la historia: constantemente Dios está creando las cosas, de modo tal que todo se encuentra en vías de desarrollo, por decirlo de algún modo, en movimiento teleológico hacia su perfeccionamiento, como bien vio y explicó Aristóteles con su cosmovisión empapada de orden natural, lugares propios y tendencias intrínsecas de cada ente. Por lo tanto, lo creado está en movimiento, y ciertamente no hacia cualquier lado, sino hacia su excelencia propia, según lo querido por Dios. Es importante para la temática que nos compete enfatizar esta nota teleológica y en vías de perfección que toda la creación posee. A propósito de ello, Emilio Komar refiere a Tomás de Aquino para recordar esta característica que posee, desde la visión creacionista, toda la realidad:

Santo Tomás enseña que todo en el mundo busca la excelencia; no solamente el hombre, toda la naturaleza trata de ir a lo perfecto. El peligro del orgullo no consiste en buscar la excelencia, sino en buscarla fuera de lugar, fuera de lo suyo. Es el peligro de soberbia. Pero buscar la excelencia en lo suyo, realmente en lo suyo, es virtud<sup>12</sup>.

En adhesión, nótese que junto con la tendencia a la propia plenitud de cada realidad creada, la cita recuerda no solo la necesidad de que el hombre encuentre su lugar y se realice en él sino también la posibilidad de renegar de sí y atentar contra el orden dado. A propósito de esto, aproximándonos ahora al obrar del hombre en la creación, es importante formular la pregunta por cuál es este su lugar de realización. El optimismo al que silenciosamente se refirió más arriba radica precisamente en esta certeza de que a la par de la totalidad de las cosas, el hombre personal

<sup>11</sup> Emilio Komar, *El optimismo cristiano*, Ediciones Sabiduría Cristiana, Buenos Aires, 2012, p. 67.

<sup>12</sup> *Ibid.* p. 59

posee un lugar, un sentido, una misión<sup>13</sup>, algo que se amplifica y cobra mayor densidad a la luz del primer capítulo del Génesis:

Dios creó al hombre a su imagen; lo creó a imagen de Dios, los creó varón y mujer. Y los bendijo, diciéndoles: «Sean fecundos, multiplíquense, llenen la tierra y sométanla; dominen a los peces del mar, a las aves del cielo y a todos los vivientes que se mueven sobre la tierra». Y continuó diciendo: «Yo les doy todas las plantas que producen semilla sobre la tierra, y todos los árboles que dan frutos con semilla: ellos les servirán de alimento.» (Gn. 1, 27-29)

La invitación a llenar la tierra, someterla y dominarla, junto a la entrega de todas las plantas, árboles, y más adelante también de los animales por medio del nombramiento de cada uno de ellos, todo esto es una clara manifestación no solo de la superioridad del hombre por sobre el resto de la creación, sino que además es un claro mandato divino a gobernarla o, como diría Agustín de Hipona, señorearla<sup>14</sup>. Se percibe, por tanto, la presentación del hombre como la criatura más perfecta, llamada a gobernar, a cuidar y a custodiar el resto de las cosas creadas, en representación de Dios, en su progresivo camino de plenificación. El lugar otorgado por las Sagradas Escrituras al ser humano es un llamado a la protección del mundo, al obrar responsable, co-creador y dignificador de las realidades creadas: el hombre es nada menos que el responsable de hacer brillar la imagen de Dios en la creación.

<sup>13</sup> En palabras de Komar: «En *Fedón* 97c Sócrates dice que había oído a alguien que estaba leyendo a Anaxágoras, un filósofo anterior a él, quien sostiene que el intelecto organizó todas las cosas, fundó todas las cosas y puso orden en todas las cosas. Y que esta idea le causó una íntima alegría. Porque uno sabe que si hay orden uno tiene un lugar en ese orden. Entonces no hay nada más importante para conocer cuál sea mi misión en este orden y cuál no. Pues en la línea de aquello que no me corresponde no puedo alcanzar ninguna perfección, pero en la línea de lo que a mí me corresponde puedo desarrollar cualidades y llegar muy alto. Y Sócrates “se alegró mucho”: donde las cosas tienen una razón, tienen una lógica, evidentemente la consecuencia es el optimismo.» Emilio Komar, *El optimismo cristiano*, op. cit., p. 13.

<sup>14</sup> Véase, por ejemplo, lo siguiente: «Pues tiene oro quien sabe usar del oro; quien no sabe usar, es tenido, pero no tiene; es poseído, pero no posee. Sed, pues, señores del oro, no esclavos, ya que Dios hizo el oro, y a ti también sobre el oro. Él hizo el oro para ayuda tuya; a ti te hizo a su imagen. Ve lo que está sobre ti, pues pisas lo que está debajo de ti.» *Serm. 123*, 9.

Por otro lado, gracias a su libertad, como decíamos, el ser humano no solo puede renegar de esta misión sino que también puede atentar contra ella, y este es el segundo supuesto del cual hablaba Komar más arriba, acompañando al marcado optimismo cristiano. Asumir que la realidad se perfecciona solo a partir de la adecuación a un orden dado y que el hombre, dentro de ella, posee libertad, es inseparable de la aceptación de que se puede atentar contra lo esperado por el Creador de y en su obra. Por su parte, el Sumo Pontífice Francisco ilumina esta idea aludiendo implícitamente a la interpretación trídica anteriormente mencionada y recuerda la riqueza de los relatos del Génesis respecto al ser humano y su lugar en el cosmos, alterado por la irrupción del pecado pero convocado a la restitución:

Los relatos de la creación del Génesis contienen, en su lenguaje simbólico y narrativo, profundas enseñanzas sobre la existencia humana y su realidad histórica. Estas narraciones sugieren que la existencia humana se basa en tres relaciones fundamentales estrechamente conectadas: la relación con Dios, con el prójimo y con la tierra. Según la Biblia, las tres relaciones vitales se han roto, no solo externamente, sino también dentro de nosotros. Esta ruptura es el pecado. La armonía entre el Creador, la humanidad y todo lo creado fue destruida por haber pretendido ocupar el lugar de Dios, negándonos a reconocernos como criaturas limitadas. Este hecho desnaturalizó también el mandato de «dominar» la tierra (*cf.* Gn 1, 28) y de «labrarla y cuidarla» (*cf.* Gn 2, 15). Como resultado, la relación originalmente armoniosa entre el ser humano y la naturaleza se transformó en un conflicto<sup>15</sup>.

Lo dicho nos introduce a otra cuestión fundamental relacionada con el mundo y el lugar que el hombre ocupa en él. Para el pensamiento cristiano, el plan de Dios para con el hombre jamás fue una enemistad originaria con el mundo, como si se debiese resistir una vida temporal opaca y llena de tentación a la espera de la entrada en la eternidad. Muy por el contrario, las mismas Escrituras recuerdan la bondad de lo creado y el encargo directo del Creador al ser humano de velar por sus obras por

<sup>15</sup> Francisco, Carta enc. *Laudato Si'*, 66

medio del trabajo que hace resplandecer el orden natural y contribuye a un acercamiento a la plenitud de toda la realidad. Esta relación originaria se vio herida por el pecado, pero no destruida, como veíamos más arriba a partir de lo dicho por el mismo Sucesor de Pedro. De esta forma, cuando se habla del alejamiento o del rechazo del mundo por parte del cristiano no se alude ni a un desprecio de la creación ni a una actitud de indiferencia respecto a ella, como si nada se debiera hacer en este mundo temporal y corruptible más que esperar sentados el llamado a otra vida. Ni siquiera los pasajes más oscuros de la filosofía agustiniana, tantas veces mal interpretada en este punto, predicán un menosprecio de la creación<sup>16</sup>. Muy por el contrario, el Hiponense, al igual que todo genuino y profundo pensador católico, es un gran amador de la realidad, capaz de reconocer en todas las criaturas una oportunidad para remontarse al Creador<sup>17</sup>.

La creación por tanto es teleológica, está incompleta y tiende providencialmente a su realización plena, y el hombre es el invitado de honor para, con su libertad, acompañar dicho proceso y trabajar amorosamente en ella para que resplandezca el rostro de Dios en cada una de las criaturas. Cuando se asume esta responsabilidad, se obra en armonía con el orden natural y se combaten las actitudes e intereses mundanos que atentan contra la integridad de la creación como obra sagrada de Dios, allí nos encontramos frente al auténtico obrar cristiano, frente

<sup>16</sup> «San Agustín no ha predicado ni practica una fuga universal del mundo exterior, como si el demonio se hallase agazapado en todas las cosas para poner trampas al hombre. Tiene el ojo del espíritu abierto a todas las hermosuras y armonías que son medios de unión con el Creador. Las criaturas tienen una medida, una hermosura y un orden. Esta es la ontología profesada en Casiciaco.» Agustín de Hipona, *Obras completas I*, BAC, 1979, *De Ordine*, introducción, pág. 590. Véase también lo siguiente: «Para San Agustín, el mundo, lleno de huellas de la infinita sabiduría, que todo lo hizo con números, peso y medida, no es una caverna o cárcel, sino una escuela de la sabiduría, llena de voces amigas que nos hablan del Creador. Está todo él penetrado de racionalidad e inteligibilidad propia, inherente a la estructura de los seres, como en una máquina de escribir todas las piezas se hallan ordenadas para sus fines, por haber presidido la razón su hechura.» Agustín de Hipona, *Obras completas III*, BAC, 1967, *Contra Academicos*. Introducción, pág. 40. Finalmente, cfr. Ignacio López, *Peregrinar en el amor ordenado: bienes creados y felicidad en Agustín de Hipona*, Ágape, Buenos Aires, 2016.

<sup>17</sup> *V. Gr.*: Rm. 1, 18-20

a la buena praxis pensada por el Creador para el hombre a través de la cual él se realiza junto a la totalidad de lo creado. Por lo tanto, cierta concepción negativa de mundo, en sintonía con el lenguaje joánico y con lo que San Juan Pablo II denomina «estructuras de pecado»<sup>18</sup>, se refiere en todo caso al combate activo contra ese actuar en el siglo y propio de lo mundanal que desdibuja la imagen de Dios de lo creado, atenta contra su orden, y pone en peligro no solo la subsistencia del hombre sino también la de toda la creación. Muy bien ha comprendido esto Etienne Gilson en su obra *El espíritu de la filosofía medieval* cuando sentencia:

El siglo que el pensador cristiano detesta es justamente este desorden, esa fealdad, ese mal que el hombre ha introducido en la creación por su defección voluntaria. Rechazándolo adhiere de todo corazón al orden, la belleza, al bien que Dios había querido, trabaja por restaurarla en él y en los demás, por su esfuerzo heroico limpia la faz del universo para que en él resplandezca de nuevo la faz de Dios<sup>19</sup>.

De este modo, cuando el hombre se prefiere a sí mismo, cuando hace del mundo lo que considera más provechoso al margen del plan divino, lo exprime para sacar el máximo cuantificable de él sin considerar los tiempos de la naturaleza, la medida de las cosas y la posteridad, ahí es cuando se introduce el pecado que desdibuja de la realidad la imagen divina y atenta contra la integridad tanto del hombre como del resto de las cosas. Aludiendo precisamente a esto comienza Francisco su Encíclica dedicada al cuidado de la casa común:

Esta hermana [tierra] clama por el daño que le provocamos a causa del uso irresponsable y del abuso de los bienes que Dios ha puesto en ella. Hemos crecido pensando que éramos sus propietarios y dominadores, autorizados a explotarla. La violencia que hay en el corazón humano, herido por el pecado, también se manifiesta en los síntomas de

<sup>18</sup> Cfr. Juan Pablo II, Carta encíclica *Sollicitudo rei socialis*, 36.

<sup>19</sup> Etienne Gilson, *El espíritu de la filosofía medieval*, Madrid, RIALP, 2009, citado por Emilio Komar, *El optimismo cristiano*, Ediciones Sabiduría Cristiana, Buenos Aires, 2012, p. 86

enfermedad que advertimos en el suelo, en el agua, en el aire y en los seres vivientes<sup>20</sup>.

Con lo dicho puede verse con toda claridad cómo el abuso del mundo y su posterior destrucción radica en una concepción errada del mundo, aquella que pretende prescindir de Dios y de una finalidad intrínseca a cada cosa: una mirada que entiende a la creación como mero material de trabajo. Asimismo, encontramos una posición similar en Romano Guardini, quien, comentando el pensamiento de Agustín de Hipona y su platonismo cristiano, no duda en afirmar que el Padre de la Iglesia también se ubica en la línea de aquellos para quienes la vida no consiste en una fuga del mundo sino en un doble movimiento de ascenso y descenso, tal como lo entendió el mismo Platón. Se trata de una contemplación de las ideas o, en el caso de Agustín, del Ser Supremo, para luego volver a la realidad creada o bien como formador de hombres, o bien con renovado amor para con la creación:

El valor de las cosas, el significado de lo existente, la densidad de sentido del acontecer, calan en todas partes en sus sentimientos. El mundo en el que se halla está tan lleno de significación que todo lo que es está saturado de la forma eterna. (...) El mismo Platón, que abandona la tierra en su ascenso metafísico, retorna a la tierra en calidad de formador de hombres. Si el platónico se hace cristiano, entonces amará la cosa finita con renovado amor, porque ha sido creada y redimida por Dios<sup>21</sup>.

Volvemos aquí a los dos pilares de la visión creacionista remarcados por Komar: el optimismo cristiano sustentado en la bondad ontológica de todo lo que existe, y la existencia del hombre libre, dentro de ese orden, llamado a completarlo pero también capaz de atentar contra él. Así, la invitación del pensamiento cristiano respecto de la creación, desde Agustín, pasando por Komar hasta la propuesta de Francisco y del

<sup>20</sup> Francisco, Carta enc. *Laudato Si*, (2015), 2.

<sup>21</sup> Romano Guardini, *La conversión de San Agustín*, Ágape, Buenos Aires, 2008, pág. 104.

Magisterio en general, es un intenso actuar sobre la realidad pero en sintonía con el orden natural y de acuerdo al plan de Dios, radicalmente opuesto al abuso propio de entender el mundo como mera materialidad. Este llamado al uso responsable de las realidades temporales supone enmarcar el desarrollo y el obrar humano en una moralidad atenta al orden natural, al lugar propio de cada creatura y siempre bajo la consciencia de que todo ha sido creado y confiado por Dios.

En este punto debe también recordarse que, pese a la ruptura original, todo el pensamiento católico considera que el llamado a colaborar y co-crear por parte de Dios al hombre, presente en el libro del Génesis, permanece vigente y es siempre actual, puesto que, como dice Francisco: «El Creador no nos abandona, nunca hizo marcha atrás en su proyecto de amor, no se arrepiente de habernos creado. La humanidad aún posee la capacidad de colaborar para construir nuestra casa común»<sup>22</sup>. Por lo tanto, siempre es lícito y actual hablar de este llamado a co-crear con Dios, como veíamos, no solo porque el acto creador es constante y porque toda la realidad se encuentra en vías de perfeccionamiento de su propia excelencia, sino también por el explícito llamado bíblico a custodiar la tierra, poblarla y dominarla responsablemente (*Cfr.* Gn 1, 28).

En esta línea se percibe cómo el uso de la realidad y su transformación serán rectos en la medida en que respetan lo pensado y querido por Dios, pues de Él es toda la creación, tal como lo sostiene Agustín de Hipona y lo reconoce Etienne Gilson introduciéndonos a su pensamiento: «[Para el Hiponense] los que amasan incansablemente bienes precederos para gozar de ellos como de fines, desconocen la relación esencial de las criaturas a Dios. En realidad, puesto que Dios es el Creador, posee todas las obras de sus manos y es el único en poseerlas. Todo le pertenece, porque ha creado todo»<sup>23</sup>.» En la misma línea, Francisco nos exhorta sentenciando que:

<sup>22</sup> Francisco, Carta enc. *Laudato Si'*, 13.

<sup>23</sup> Etienne Gilson, *Introducción al pensamiento de San Agustín* [1983], Trad. de Courrèges (inérita), P. 164-165.

El auténtico desarrollo humano posee un carácter moral y supone el pleno respeto a la persona humana, pero también debe prestar atención al mundo natural y «tener en cuenta la naturaleza de cada ser y su mutua conexión en un sistema ordenado». Por lo tanto, la capacidad de transformar la realidad que tiene el ser humano debe desarrollarse sobre la base de la donación originaria de las cosas por parte de Dios<sup>24</sup>.

Recapitulando lo expuesto, es importante recordar aquí que, para el pensamiento cristiano, pese a la certeza de raíces agustinianas de que el hombre está hecho para Dios<sup>25</sup> y que solamente es peregrino en este mundo, de ningún modo se predica una fuga del mundo o un desentenderse de las realidades temporales por parte del hombre. Muy por el contrario, es evidente en esta línea filosófico-teológica la invocación al hombre para que se haga cargo de su lugar en el cosmos, asuma responsablemente el mandato que el mismísimo Dios le dio y grabó en su corazón, y trabaje con esmero y dedicación en la transformación de la creación en vistas a su realización plena. A propósito de esto, el Concilio Vaticano II ha dedicado un documento entero exclusivamente al trabajo de los laicos en este mundo. Allí, por medio del decreto *Apostolicam Actuositatem* el Magisterio hace propio este llamado y sostiene que los laicos «durante la peregrinación de esta vida, escondidos con Cristo en Dios, y libres de la servidumbre de las riquezas, mientras se dirigen a los bienes imperecederos, se entregan generosamente y por entero a la expansión del reino de Dios y a informar y perfeccionar el orden de las cosas temporales con el espíritu cristiano<sup>26</sup>.»

Por tanto, aceptado el hecho de que el hombre está llamado a obrar sobre la tierra a partir de su clara superioridad respecto a las demás creaturas, permanece como elemento determinante la definición del modo de actuar, es decir, a partir de qué criterios, con qué visión sobre las cosas, en respuesta a qué orden.

<sup>24</sup> Francisco, Carta enc. *Laudato Si'*, (2015), 5.

<sup>25</sup> *Cfr. Conf.* 1,1.

<sup>26</sup> Decreto *Apostolicam Actuositatem*, 4.

Siguiendo una intuición profundamente agustiniana, la conquista del uso recto, ordenado, plenificador y co-creador del hombre respecto a lo creado se da en la medida en que se logra colocar a Dios, su plan y su ordenamiento en la cima de la jerarquía. Cuando se ama a Dios más que a cualquier cosa, cuando se lo escucha y se asume la responsabilidad de colaborar con Él, puesto que la creación es suya y el ordenamiento de toda realidad responde a su voluntad, solamente situándose el hombre en ese lugar es que logra ver el sentido profundo de la realidad propiamente como creación, aprende a escuchar y a ejercer el dominio sobre las cosas para el que fue creado, capaz de perfeccionarlo a él en la medida en que también contribuye al perfeccionamiento de las demás creaturas.

Esta idea expresada no es otra cosa que la puesta en práctica de la famosa filosofía de vida agustiniana conocida como *Ordo Amoris*: percepción de la jerarquía ontológica de bienes presente en el mundo y reacción amorosa adecuada a todas ellas de acuerdo a su lugar en el cosmos. Así se percibe con claridad que no se invita al hombre a hacer del mundo lo que le plazca sino a mirar y respetar lo que el Creador hizo y espera de él, para continuarlo y completarlo, amando cada realidad como Él mismo la ama. Esto solo es posible, como dice Francisco, «si nos sentimos íntimamente unidos a todo lo que existe, [así] la sobriedad y el cuidado brotarán de modo espontáneo. La pobreza y la austeridad de San Francisco no eran un ascetismo meramente exterior, sino algo más radical: una renuncia a convertir la realidad en mero objeto de uso y de dominio<sup>27</sup>.»

Tal como menciona claramente en otro pasaje el mismo Sucesor de Pedro, para asumir de modo pleno la dignísima labor de ser colaboradores del Creador, el abandono tanto de la pretensión de ser creadores como del asentimiento a la tentación del Génesis de ser «como dioses» debe partir de la consciencia de que el mundo no es nuestro sino de Dios, recordando que la realidad nos ha sido confiada pero que de ningún modo es obra de nuestras manos, nuestra voluntad y nuestros caprichos. La

<sup>27</sup> Francisco, Carta enc. *Laudato Si'*, 11

realidad tiene un orden, una teleología, una finalidad y un sentido al cual el hombre responsable y capaz de asumir su lugar en el mundo contribuye y custodia como verdadero representante del Dios en la tierra. Finalizamos por tanto con las palabras del Sumo Pontífice al respecto:

Hoy debemos rechazar con fuerza que, del hecho de ser creados a imagen de Dios y del mandato de dominar la tierra, se deduzca un dominio absoluto sobre las demás criaturas. Es importante leer los textos bíblicos en su contexto, con una hermenéutica adecuada, y recordar que nos invitan a «labrar y cuidar» el jardín del mundo (*cf.* Gn 2, 15). Mientras «labrar» significa cultivar, arar o trabajar, «cuidar» significa proteger, custodiar, preservar, guardar, vigilar. Esto implica una relación de reciprocidad responsable entre el ser humano y la naturaleza. Cada comunidad puede tomar de la bondad de la tierra lo que necesita para su supervivencia, pero también tiene el deber de protegerla y de garantizar la continuidad de su fertilidad para las generaciones futuras. Porque, en definitiva, «la tierra es del Señor» (*Sal* 24, 1), a Él pertenece «la tierra y cuanto hay en ella» (*Dt* 10, 14). Por eso, Dios niega toda pretensión de propiedad absoluta: «la tierra no puede venderse a perpetuidad, porque la tierra es mía, y vosotros sois forasteros y huéspedes en mi tierra» (*Lv* 25, 23)<sup>28</sup>.

## Conclusiones

Habiendo llegado al final de nuestro escrito, nos proponemos recapitular el recorrido realizado y las principales conclusiones alcanzadas. Para ello, en primer lugar se debe mencionar el itinerario filosófico-teológico que se asumió. Tal como se indicó en un comienzo, manteniéndose la investigación en la línea del pensamiento cristiano, se ha pasado de la lectura netamente filosófica, representada en la figura del Dr. Komar, a la propiamente teológica, quedando Agustín de Hipona como el autor intermedio y conector implícito de ambas perspectivas.

<sup>28</sup> Francisco, Carta enc. *Laudato Si'*, 67

Por otra parte, respecto a la temática abordada, se ha intentado en un comienzo distinguir las dos posibles concepciones del mundo en cuanto la totalidad de la realidad. Descartada la lectura materialista y post-iluminista, se ha hecho la opción por el ahondamiento de la perspectiva creacionista, en línea con la filosofía cristiana. En este punto hemos dilucidado cómo la constante vinculación de la realidad como creación respecto del Creador la vuelve portadora de una bondad, un sentido, una finalidad y un orden ajenos a la voluntad del hombre.

Por otro lado, siendo el hombre parte de esa realidad creada, también él se encuentra ordenado a una plenitud pensada y querida por Dios, con la diferencia específica de su naturaleza según la cual debe libremente escuchar y seguir dicho llamado a la completitud. Así mismo, la situación se complejiza cuando se percibe que en este ordenamiento de la voluntad divina el hombre y su libertad ocupan un rol vital en el acabamiento de la creación, a saber, el de cooperar y co-crear con Dios por medio del gobierno y la custodia responsable de la realidad en armonía con lo dispuesto por el Creador. En este punto, el renejar de este llamado, propio del pecado, no solo atenta contra la realización del hombre en sí mismo sino también contra la creación misma.

Como último elemento nuclear de lo aquí desarrollado se evidencia la refutación de una posible actitud de fuga del mundo o de un desinterés respecto a la realidad creada por parte del cristiano, siendo su verdadera vocación la respuesta a la invitación de Dios de poblar la tierra, dominarla amorosamente, custodiar el orden divino impuesto en ella por el Creador y acompañarla en su cuidado a su plenitud. Esto solo es posible llevarlo adelante cuando se toma consciencia del carácter creatural del hombre, de Dios como el único y verdadero poseedor de la Creación y del privilegiado lugar otorgado por Él al ser humano, que se distancia de una labor creadora y se vincula más a una acción cooperadora.

## Bibliografía

- AGUSTÍN DE HIPONA, *Obras Completas II, Confesiones*, BAC, Madrid, 1979
- AGUSTÍN DE HIPONA, *Obras Completas XV, De Gen. ad Lit.*, BAC, Madrid, 1957
- Concilio Vaticano II, decreto *Apostolicam Actuositatem*
- KOMAR, EMILIO, *El optimismo cristiano*, Ediciones Sabiduría Cristiana, Buenos Aires, 2012
- , *La eutanasia de Dios*, Ediciones Sabiduría Cristiana, Buenos Aires, 2012
- , *Orden y misterio*, Emecé Editores, Buenos Aires, 1996
- GILSON, ETIENNE, *El espíritu de la filosofía medieval*, Madrid, RIALP, 2009
- , *Introducción al pensamiento de San Agustín* [1983], Trad. de Courrèges (inédita)
- BACON, FRANCIS, *Novum Organum*, Losada, Buenos Aires, 1949
- FRANCISCO, *Laudato Si'*, 2015
- LÓPEZ, IGNACIO, *Peregrinar en el amor ordenado: bienes creados y felicidad en Agustín de Hipona*, Ágape, Buenos Aires, 2016
- JUAN PABLO II, *Sollicitudo rei socialis*, 1987
- KEMPIS AGUSTINIANO, *San Agustín, Nos hiciste señor para ti*, BAC Minor, Madrid, 2010
- GUARDINI, ROMANO, *La conversión de San Agustín*, Ágape, Buenos Aires, 2008
- CAPÁNAGA, VICTORINO, introducción al *Contra Academicos*, en: Agustín de Hipona, *Obras completas III*, BAC, 1967
- , «Introducción» al *De Ordine* en: Agustín de Hipona, *Obras completas I*, BAC, 1979